

que yo ignoro, y no creo que lo sepa nadie.

Y no niego que ese infinito registrar del cerebro, mucho de ello inaccesible a nuestra consciencia cotidiana y, al parecer, fuera de toda proporción con nuestras necesidades, pueda representar un papel, todavía no comprendido, en nuestra existencia del tiempo Uno.

Pero creo con Dunne que, cuando hemos llegado al fin en el tiempo Uno, seguimos adelante—espacial y geoméricamente, podemos decir, en ángulo recto—en el tiempo Dos, no concentrando ya nuestra atención en el mundo físico, sino teniendo ahora en su lugar toda esa acumulación de acontecimientos mentales, todas las sensaciones, sentimientos, pensamientos, que nos ha dejado nuestra existencia en el tiempo Uno. Debe recordarse, sin embargo, que nunca hemos estado viviendo exclusivamente en el tiempo Uno, por mucho que proclamemos que no existe otro tiempo. Así, pues, podría ser provechoso para nosotros en el futuro, cuando estemos fuera del tiempo que pasa, que no pensemos y no nos comportemos ahora como si el tiempo que pasa fuese todo cuanto poseemos. Y seguramente es esto lo que la mayoría de las religiones, tras sus populares melodramas de ángeles y demonios, salvadores y diablos, cielos e infiernos, han estado tratando de enseñarnos.

Como nunca hemos vivido exclusivamente en el tiempo Uno, no dejamos de tener indicios—es decir, si no los ignoramos voluntariamente—de lo que puede suceder cuando ya no estemos en el tiempo que pasa. Ya he expuesto algunos ejemplos de lo que podríamos denominar efectos del tiempo Uno y el tiempo Dos, tomados de mi propia experiencia. He aquí otro. ¿Podemos imaginarnos a nosotros mismos en una quinta dimensión (tiempo Dos), obteniendo una impresión cuatridimensional de un semejante? Alarmados por estas dimensiones, a punto de crear un monstruo, probablemente replicaremos en seguida que no podemos ni siquiera imaginar semejante impresión. Pero, a menos que hayamos sido desafortunados en nuestras relaciones, sostengo que estamos siempre adoptando lo que es en efecto un punto de vista cuatridimensional de las personas más próximas y más queridas de nosotros. Es imposible de hecho evitar la adopción de ese punto de vista en una relación estrecha, profunda y duradera.

A estas personas queridas no las vemos ente-

ramente en el tiempo que pasa, como una sección transversal y tridimensional de su yo real. Habitualmente las vemos un tanto desenfocadas en el tiempo que pasa y en una curiosa difuminación que desprende ternura, no solo como son, sino también como podrían ser y como fueron, retrotrayéndonos, si somos padres, a su infancia. La ansiedad de los enamorados—y ello es especialmente cierto respecto a la mayoría de las mujeres, por lo general más conscientes que la mayoría de los hombres en cuanto a ese efecto cuatridimensional—por saber, por ver, cómo fue el otro años antes de que se conocieran, parece formar parte de un deseo instintivo de disfrutar cuanto antes de esa impresión más honda. Es un intento, inspirado por profunda emoción, de llegar más allá del tiempo que pasa, de fijar la relación en condiciones de experiencia diferentes y más perdurables.

Así, pues, los sueños, naturalmente, nos ofrecen otros indicios respecto a lo que puede suceder cuando ya no estemos en el tiempo Uno. Esto no significa que los sueños en general—y ahora dejamos aparte a esos raros y nítidos sueños—hayan de tomarse como ejemplos de nuestra existencia en el tiempo Dos. Ha de concederse cierto margen, como indicó Dunne, a la confusión entre dos tiempos, dos puntos de vista. Cuando ya no volvemos al tiempo Uno, la situación queda alterada. (Sin embargo, hay una tradición budista, según la cual el hombre, capaz de controlar sus sueños mientras sueña, controlará sus estados de ser en la otra vida.) Tendremos que aprender a vivir en el tiempo Dos, el cual bien pudiera parecer al principio un incontrolable mundo de sueños, a través del cual vagase nuestra consciencia, como Alicia al otro lado del espejo. Como, al igual que en los sueños, ya no podemos experimentar ciertas intensidades del tiempo, nos perderemos las más agudas satisfacciones sensuales, pero también estaremos fuera del alcance del dolor más agudo. Por otra parte, lo mismo que en los sueños, lo que

*Goya y la duquesa de Alba, pintado por Goya en 1793. A la sazón, ella tenía treinta y un años y él cuarenta y siete. Sin embargo, ambas figuras son juveniles y atractivas, como si Goya hubiese adoptado un criterio «cuatridimensional» de sus relaciones y las hubiera fijado en su punto más perfecto.*

